

Georg
Hegel

Introducción a la
Historia de la Filosofía

Albor
LIBROS

EDITADO POR:

© Alba Libros, S.L.

© Portada: MUSEO DEL PRADO MADRID DERECHOS
RESERVADOS. PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL.

índice

INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

Introducción	25
A. Noción de la historia de la filosofía	37
I. Determinaciones preliminares	39
1. El pensamiento como concepto e idea	39
a) El pensamiento	39
b) El concepto	40
c) La idea	41
2. La idea como desarrollo	43
a) El ser en sí	44
b) La existencia (Dasein)	45
c) El ser por sí	47
3. La evolución como concreción	51
II. Aplicación de estas determinaciones a la historia de la filosofía	57
III. Conclusiones para el proceder de la historia de la filosofía	73
B. La relación de la historia de la filosofía con los otros productos del espíritu	83
I. La relación histórica de la filosofía	83
II. La relación inmediata de la filosofía con las restantes producciones del espíritu	90
1. Relación de la filosofía con las ciencias en general	92
2. La relación de la filosofía con la religión	100
a) [Las distintas formas de la filosofía de la religión]	102
[α. Revelación y razón]	104
[β. El Espíritu Divino y el espíritu humano]	107
[γ. Representación y pensamiento]	112
[δ. Autoridad y libertad]	122
b) [Los contenidos religiosos que han de separarse de la filosofía]	130
[α. Lo mitológico en general]	130
[β. El filosofar mítico]	137
[γ. El pensamiento en la poesía y en la religión]	142
c) Separación de la filosofía popular, de la filosofía]	146

C.	División general de la historia de la filosofía	149
	I. El comienzo de la historia de la filosofía.....	149
	II. El progreso en la historia de la filosofía	159
D.	Fuentes y bibliografía de la historia de la filosofía.....	175
SUPLEMENTO		185
	I. Concepto y definición de la historia de la filosofía.....	189
	II Concepto de filosofía.....	201
	a) Consecuencia sobre la perspectiva, así como sobre el proce dimiento de la filosofía en general.....	224
	b) Procedimiento de las antiguas filosofías.....	226

I. CONCEPTO Y DEFINICIÓN DE LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

Se nos ofrecen aquí, igualmente, las habituales representaciones superficiales de esta historia que se han de mencionar y justificar. La *historia* incluye inmediatamente en la primera apariencia que ha de narrar los *acontecimientos accidentales* de los tiempos, de los pueblos y de los individuos; accidentales en parte por su sucesión temporal, pero, en parte, por su contenido. De la accidentalidad con respecto a la sucesión temporal se ha de hablar después. La *accidentalidad del contenido* se acerca al concepto del que queremos ocuparnos en primer lugar. Pero el contenido de la filosofía no son las acciones ni los acontecimientos externos de las pasiones y de la fortuna, sino que los *pensamientos* son su contenido. Pero los pensamientos casuales (accidentales) no son otra cosa que las *opiniones*, y se llama *opiniones filosóficas* a las opiniones sobre el contenido directamente determinado y sobre los objetos peculiares de la filosofía, sobre Dios, sobre la Naturaleza y el espíritu.

Por consiguiente, nos encontramos inmediatamente con la opinión muy corriente acerca de la historia de la filosofía de que tiene que relatar detalladamente la *totalidad de las opiniones filosóficas* tal como han surgido y se han presentado en el tiempo. Cuando se habla moderadamente se llama a este conjunto opiniones, las cuales creen poder expresarla con juicios sólidos, y hasta llaman a esta historia una *galería* de disparates, o al menos de los *errores* de los hombres enfrascados en el pensar y en los conceptos puros. Se puede oír tal opinión, no sólo de aquellos que confiesan su ignorancia en cuestiones filosóficas —la confiesan porque en esta ignorancia, según la representación vulgar, no debe ser muy molesto formular algún juicio sobre lo que sea la filosofía; por el

contrario, cada uno tiene por seguro poder juzgar, sin embargo, sobre su valor y esencia, sin comprender nada de ella—, sino incluso de aquellos que han escrito o escriben sobre historia de la filosofía. Esta historia, en cuanto que es una narración de diversas opiniones, llega a ser de esta manera una cosa de simple curiosidad ociosa, o, si se quiere, de interés para los eruditos solamente; porque la erudición consiste, principalmente, en saber una cantidad de *cosas inútiles*, es decir, de cosas tales que, a pesar de no tener ningún contenido ni interés en sí mismas, sin embargo tienen conocimiento de ellas. Con todo eso se cree, al mismo tiempo, que tiene alguna utilidad conocer las diversas opiniones y pensamientos de los otros; la facultad de pensar se mueve, conduce a diversos pensamientos buenos, es decir, tal vez sea causa de tener nuevamente una opinión, y la ciencia consiste en que se continúen extrayendo opiniones de opiniones.

Pero, por otro lado, una consecuencia distinta se relaciona con aquella representación que se percibe aquí. Es decir, a la vista de *tal multiplicidad de opiniones*, de tal diversidad de sistemas filosóficos, se cae en la perplejidad de por cuál debe uno decidirse; se ve que, acerca de las grandes cuestiones, a las que se siente el hombre arrastrado, y cuyo conocimiento quiere conservar la filosofía, se han *equivocado* hasta los más grandes espíritus, porque han sido refutados por otros. Cuando ha sucedido esto a tan grandes espíritus ¿cómo debo *ego homuncio** querer decidir esto? Esta conclusión, que es sacada de la diversidad de los sistemas filosóficos, es, como se cree, *un perjuicio en el objeto*; pero, al mismo tiempo, es también un *beneficio subjetivo*; porque esta diversidad es la excusa corriente por la cual se quiere aparentar que se interesan por la filosofía, pues con esta pretendida buena voluntad, y por la convenida necesidad del esfuerzo hacia esta ciencia, sin embargo, de hecho, la descuidan completamente. Pero esta diversidad de los sistemas filosóficos está muy alejada para tomarla como una simple excusa; pasa más bien por un fundamento serio, verdadero, en parte contra la seriedad con que el filosofar lleva a cabo su menester, como una justificación para no ocuparse de ella, y como una instancia irrefutable de la inutilidad del intento de querer alcanzar el conoci-

* Véase Terencio, Eun, 3, 5, 40.

miento filosófico de la verdad. Pero aunque se conceda que la filosofía debe ser una ciencia real, y que *una* filosofía será realmente la verdadera, entonces surge la pregunta: pero ¿cuál? ¿Por qué rasgos se la reconocerá? Cada una asegura que es la verdadera; cada una ofrece otros rasgos y criterios por los que se debe reconocer la verdad; un pensar sobrio y prudente tiene que tener conciencia de esto para decidirse.

Sobre estas ideas muy corrientes, que, sin duda, les son a ustedes, señores, también familiares —porque, en efecto, son las reflexiones más inmediatas que pueden cruzar por la cabeza en los primeros pensamientos sencillos de una historia de la filosofía—, quiero manifestar brevemente lo necesario, y la aclaración sobre la diversidad de filosofías nos conducirá después mejor al objeto mismo.

En cuanto a lo primero, que la historia de la filosofía presenta una galería de opiniones —bien que sea sobre Dios, sobre la esencia de las cosas naturales y espirituales—, entonces, si sólo hiciera esto, sería una ciencia muy superflua y fastidiosa, pero sería aún muy útil lo que se obtendría de semejante movimiento del pensamiento y de tal erudición. ¿Qué puede ser menos inútil que conocer una serie de simples opiniones? ¿Qué menos fastidioso? A las obras literarias, que son las historias de la filosofía en el sentido de que presentan y manejan las ideas filosóficas a la manera de opiniones, se necesita examinarlas sólo levemente para encontrar cuán árido, aburrido y sin interés es todo. Una opinión es una *representación subjetiva*, un pensamiento cualquiera, una visión, que yo puedo tener de una forma y otro de otra. Una *opinión es mía*; no es un pensamiento universal en sí, existente en sí y por sí. Pero la filosofía no encierra en sí ninguna opinión; no hay opiniones filosóficas. Cuando una persona expresa su opinión sobre temas filosóficos, aun tratándose de un historiador mismo de filosofía, se le nota que carece de un principio o formación cultural. La filosofía es ciencia objetiva de la verdad, ciencia, de su necesidad, conocer conceptual, no un simple opinar de una urdimbre de opiniones.

Pero, por otra parte, indudablemente es un hecho, bastante fundamentado, que hay y ha habido diversas filosofías. *Pero*

la verdad es única; el instinto de la razón posee esta fe y este sentimiento insuperables. Por consiguiente, *sólo una* filosofía puede ser la verdadera. Y como son diversas, se concluye que ¡as demás tienen que ser solamente *erróneas*. Pero cada una asegura, apoya con razones, demuestra por sí ser aquella *única*. Este es un razonamiento corriente y un conocimiento justamente aparente del pensar *sobrio*. Ahora, en cuanto a la sobriedad del pensar, en cuanto a la sobriedad de esta réplica, nosotros sabemos de la sobriedad de la experiencia cotidiana, que, aunque nosotros seamos sobrios, al mismo tiempo nos sentimos más o igualmente hambrientos. Pero aquel pensar sobrio posee ingenio y capacidad suficientes para no pasar de la sobriedad al hambre, a la necesidad, sino para estar y permanecer satisfecho. En esto se echa de ver que un pensar como el mencionado es un pensar *muerto* porque sólo lo que está muerto es sobrio y permanece al mismo tiempo «satisfecho». Pero la vitalidad física, así como la vitalidad del espíritu, no se conforma en la sobriedad, sino que es impulso, pasa sobre el hambre y la sed hacia la verdad, hacia el conocimiento de ella, llega a la satisfacción de este impulso, y no se puede despachar con buenas palabras ni saciar con tales reflexiones.

Pero lo que hay que decir inmediatamente sobre estas reflexiones sería ya, en primer lugar, que, por distintas que sean las filosofías, tienen, sin embargo, *esto de común*: que son *filosofía*. Por tanto, quien ha estudiado o se ha adherido a alguna filosofía, cualquiera que esa filosofía sea, posee una filosofía. Aquella excusa o aquel razonamiento que se agarra a la simple diversidad y, por temor o por repugnancia, a la particularidad en la que un universal es real, no quiere aprehender o reconocer esta universalidad; en otra parte* he comparado esto con la enfermedad (pedantesca) de aquel a quien el médico aconseja comer fruta y a quien se ofrecen cerezas, ciruelas o uvas, pero que, agarrándose a una pedantería del entendimiento, no quiere comerlas porque ninguna de estas especies *es fruta*, sino cerezas, ciruelas o uvas.

Pero importa esencialmente tener aún una visión más profunda de lo que se sabe de esta *diversidad* de los sistemas filo-

* *Enciclopedia*, 1817, párrafo 8; 1827, párrafo 13.

sóficos; el conocimiento filosófico de lo que es la verdad y la filosofía puede, incluso, conocer esta diversidad como tal, aun en un *sentido completamente diferente* de la contradicción abstracta de *verdad y error*. La aclaración nos mostrará, además, la importancia de toda la historia de la filosofía.

Mas, para el fin de esta aclaración, es necesario hablar de la *idea de la naturaleza de la verdad* y extraer un número de proposiciones acerca de ella, pero que no pueden ser demostradas aquí. Solamente se pueden hacer *claras y comprensibles*. La convicción de ello y la defensa apropiada no se puede lograr aquí, sino que el propósito es sólo hacerlas históricamente familiares; la ocupación de la filosofía es conocerlas como verdaderas y fundamentadas.

Por consiguiente, entre los conceptos anticipados aquí brevemente, está la primera proposición que fue ya mencionada hace un momento, a saber, que la *verdad es solamente una*. Esto, que, en general, pertenece formalmente a nuestra ciencia pensante, es, en el sentido más profundo, el punto de partida y la meta de la filosofía: conocer esta *única* verdad, pero, al mismo tiempo, es como la *f fuente*, de la que fluye todo lo demás, todas las leyes de la Naturaleza, todos los fenómenos de la vida y de la conciencia de que son solamente reflejos, o reducir todas estas leyes y fenómenos a un rumbo aparentemente contrario a aquella fuente *única*, pero para comprenderlos por sí, es decir, para conocer su derivación de ellos.

a) Solamente esta proposición: que la verdad es sólo *una*, es todavía abstracta y formal, y lo esencial es más bien conocer que la verdad una no es un pensamiento o una proposición solamente *simple, abstracto*; antes bien, es algo en sí *concreto*. Es un prejuicio corriente el de que la ciencia filosófica tiene que ocuparse solamente con abstracciones, con universalidades vacías; la intuición, nuestra conciencia de sí, empírica, nuestro sentimiento de sí, el sentimiento de la vida, son, por el contrario, lo concreto en sí, lo determinado en sí, lo rico. En efecto, la filosofía está situada *en la esfera del pensamiento*; se ocupa de *universalidades*; su contenido es abstracto, pero sólo según su forma, según el elemento del pensamiento; pero la idea en sí misma es esencialmente *concreta, la unidad de determinaciones diferentes*. Es en esto en lo que

se distingue *el* conocimiento de la razón del simple conocimiento del entendimiento, y es el menester del filosofar demostrar frente al entendimiento que lo verdadero, la idea, no consiste en universalidades vacías, sino en un universal que es, en sí mismo, lo particular, lo determinado. Lo que acabo de decir pertenece ahora, esencialmente, a aquello de lo que he dicho primeramente que tiene que ser admitido, por de pronto, sólo históricamente por aquellos que aún no se han familiarizado con ella a través del estudio de la filosofía. Que la verdad es solamente *una*, que la verdad conocida filosóficamente en el elemento del pensamiento existe en la forma de la universalidad, de esto resulta ya el instinto del pensar; esto es familiar a nuestro representar habitual. Pero que lo universal mismo contiene en sí su determinación, que la idea es en ella misma la unidad absoluta de lo diferente, aquí comienza un principio propiamente filosófico; acerca de esto retrocede la conciencia que aún no conoce de una manera filosófica, y dice que no *comprende* esto. Que no se comprende esto, quiere decir, por lo pronto, que aún no se encuentra esto entre sus representaciones y convicciones habituales. En cuanto a la convicción ha sido observado ya que no es lugar aquí de alcanzar ésta, de deducir aquella determinación, de formar la conciencia para este conocimiento. Pero es fácil interpretar la representación para *comprenderla*. *Rojo* es, por ejemplo, una representación sensible abstracta, y cuando la conciencia corriente habla de rojo, no cree que se ocupe con lo abstracto; pero una rosa que es roja es un rojo concreto, es una unidad de hojas, de forma, de colores, de olor, algo vivo, impulsivo, en lo que se puede distinguir y aislar muy bien lo abstracto, que también puede destruirse, romperse (desgarrarse), y que, sin embargo, hay *un* sujeto, *una* idea en la multiplicidad que lo contiene. De esta manera la idea pura abstracta es en sí misma no algo abstracto, una simplicidad vacía, como lo rojo, sino una flor, algo concreto en sí. O (con) un ejemplo tomado de una determinación mental la proposición: A es A, la proposición de la identidad, una simplicidad pura, abstracta, algo puramente abstracto como tal, A es A no posee en absoluto ninguna determinación, ninguna diferencia, ninguna particularización (especificación); toda determinación, todo contenido, tiene que venirle del exterior; es la forma vacía. Si, al contrario, yo continúo hasta la determinación intelectual del fundamento (principio o razón

de ser), entonces ésta es ya una determinación concreta en sí. El principio, los fundamentos, lo esencial de las cosas, es, a saber, igualmente lo idéntico consigo, lo existente en sí, pero determinado, al mismo tiempo, como principio, de manera que el principio es algo que sale de sí, se relaciona con algo fundamentado por él. Por consiguiente, en un simple concepto existe no sólo lo que el principio es, sino también lo otro, lo que es fundamentado por él, en la causa está también el efecto. Algo que fuera tomado como fundamento sin algo fundamentado no es ningún fundamento; así también algo que debiera ser determinado como causa, es sólo una cosa en general, no una causa. Lo mismo sucede con el efecto. Por tanto, lo concreto es algo que contiene en sí no sólo su determinación *una* inmediata, sino también sus *otras* determinaciones.

b) Después que yo he explicado en general de esta forma la naturaleza de lo concreto, ahora añado a su significación que lo verdadero, determinado así en sí mismo, posee el impulso a *desarrollarse*. Lo viviente, lo espiritual, se mueve, se conmueve en sí y se desarrolla. De esta manera, la idea, concreta en sí y desarrollándose, es un sistema orgánico, una totalidad, que *contiene en sí una gran abundancia de fases y de momentos*.

c) La filosofía es ahora, por sí, el conocer de esta evolución y, como pensar conceptual, es, incluso, este desarrollo pensante. Cuanto más progresa este desarrollo (evolución), tanto más perfecta es la filosofía.

Además, este desarrollo no sale hacia fuera como a la exterioridad, sino que al desprenderse del desarrollo es igualmente un ir hacia dentro, hacia el interior; es decir, la idea universal continúa siendo el fundamento y permanece como universal e invariable.

Además, que el surgir de la idea filosófica en su desarrollo no es una alteración, un devenir hacia algo otro, sino que es un internarse en sí, un profundizar en sí, el progreso hace a la idea, antes universal e indeterminada, *más determinada* en sí. El desarrollo posterior de la idea o su mayor determinabilidad es uno y lo mismo. Aquí lo más extenso es también lo

más intenso. La extensión como desarrollo no es una dispersión y un disolverse, sino más bien una conciliación (unión) que es justamente tanto más fuerte e intensa cuanto la expansión, lo conciliado, es más rico y posterior.

Estas son las proposiciones abstractas sobre la naturaleza de la idea y su desarrollo. Así, la filosofía *cultivada* se halla condicionada en sí misma. Una *única* idea está en el todo y en todos sus miembros como en un individuo vivo *un solo* pulso, *una* vida palpita a través de todos sus miembros. Todas las partes que se descubren en ella y la sistematización de las mismas surgen de la idea *una*; todas estas particularizaciones (especificaciones) son sólo el espejo y las imágenes de esta *única* vitalidad; tienen su realidad solamente en esta unidad, y sus diferencias, sus diversas determinaciones, todas juntas, son, incluso, sólo la expresión y la *forma contenida en la idea*. De esta manera es la idea el punto medio que es, al mismo tiempo, la periferia, la fuente de luz que no sale fuera de sí en todas sus expansiones, sino que continúa presente e inmanente en sí: ella es el sistema de la necesidad y *su propia* necesidad, que es, al mismo tiempo, su libertad.

La filosofía es sistema en el desarrollo; lo mismo sucede con la historia de la filosofía, y éste es el punto principal, el concepto fundamental que expondrá este modo de tratar la historia.

Para aclarar esto se ha de hacer notar, por de pronto, la diferencia con respecto al modo de aparición que tiene lugar aquí. El surgir de las diversas etapas en el progreso del pensamiento puede ocurrir con la conciencia de la necesidad según la cual se deriva cada una de las precedentes etapas, y según la cual sólo puede destacarse *esta* determinación y esta forma, o puede ocurrir sin esta conciencia conforme a la manera de un surgir natural, casualmente aparente, de modo que el concepto obre *interiormente* según su consecuencia; pero esta consecuencia no ha expresado cómo en la naturaleza surge, en la etapa del desarrollo (del tronco) de la rama, de las hojas, flores, frutos, cada uno por sí, pero la idea interna es lo dirigente y determinante de esta sucesión o, como en el niño, aparecen sucesivamente las facultades corporales y, principalmente, las actividades espirituales, sencilla e inge-

nuamente, de forma que los padres, que hacen por primera vez una experiencia semejante, ven como un milagro ante sí, en que el todo proviene de lo interior que existía allí por sí y ahora se muestra, y la sucesión total de estos fenómenos posee sólo la forma de la sucesión en el tiempo.

Es el tema y el menester de la filosofía misma exponer el único modo de este surgir, la derivación de las formas, la necesidad pensada, conocida, de las determinaciones; y mientras que la idea pura, de la que se trata aquí, no es aún la forma muy particularizada de la misma como naturaleza y como espíritu, entonces es aquella representación (exposición) principalmente el tema y menester de la filosofía *lógica*.

Pero el otro modo es que las distintas etapas y momentos del desarrollo en el tiempo se destacan en la manera del suceder y en este lugar especial, en este o en aquel pueblo, en estas circunstancias políticas y bajo las complicaciones de las mismas; en resumen: bajo *esta forma empírica*; éste es el drama que nos muestra la historia de la filosofía.

Esta opinión, que es la única digna de esta ciencia, es en sí la verdadera a través del concepto de cosa; y que ella se muestra y se hace valer igualmente conforme a la realidad, esto es lo que resultó del estudio de esta historia misma.

De acuerdo con esta idea, afirmo ahora que la sucesión de los sistemas de filosofía *en la historia de la misma* es como la *sucesión en la derivación lógica* de las determinaciones conceptuales de la idea. Afirmo que, cuando se trata de los *conceptos fundamentales* de los sistemas aparecidos en la historia de la filosofía, de los que se despoja en cuanto a su forma exterior, a su aplicación a lo particular, etc., entonces se conservan las diversas etapas en la determinación de la idea misma en su concepto lógico. *Por el contrario*, tomando por sí el progreso lógico, se tiene en él, de acuerdo con sus momentos principales, el progreso de los fenómenos históricos; pero, indudablemente, hay que reconocer estos conceptos puros en el contenido de la forma histórica. Además, *se distingue*, indudablemente también, por un lado, la sucesión como sucesión temporal de la historia, de la sucesión en el orden de los conceptos. Mostrar más de cerca en qué consiste

este aspecto nos desviaría demasiado de nuestro fin. Yo haré notar sólo, aún, que de lo dicho se explica *que el estudio de la historia de la filosofía es el estudio de la filosofía misma*, como de hecho no puede ocurrir de otra manera. Quien estudia la historia de la física, de la matemática, etc., se familiariza también ya con la matemática, con la física, etc. Pero para estudiar en la forma y en la aparición empíricas en las que la filosofía se presenta históricamente, su progreso, como desarrollo de la idea, es necesario traer consigo ya indudablemente el *conocimiento de la idea*, casi como se tienen que traer consigo para el enjuiciamiento de las acciones humanas los conceptos de lo que es justo y conveniente. Además, como nosotros lo vemos en muchas historias de la filosofía, sin duda se ofrece al observador carente de ideas solamente un tropel desordenado de opiniones. Procurarles esta idea, aclarar, por consiguiente, los fenómenos, éste es el menester del que se propone interpretar la historia de la filosofía. Porque el observador tiene que traer consigo ya el concepto de la cosa para poder verlo en su aparición e interpretar el objeto justamente; de este modo no tenemos que maravillarnos de que haya muchas historias insípidas de la filosofía, de que se encuentre en ellas la serie de los sistemas filosóficos como una serie de simples opiniones, de errores, de juegos del pensamiento, juegos del pensamiento que, sin duda, han sido madurados con gran despliegue de sagacidad, con gran esfuerzo de espíritu y que se dice todo sobre lo formal de las mismas por cumplimiento. Junto con la falta de espíritu filosófico que los historiadores traen consigo, ¿cómo podían ellos concebir y exponer lo que es pensamiento racional?

De lo que ha sido indicado ya sobre la naturaleza formal de la idea, que sólo una historia de la filosofía, concebida como un sistema tal del desarrollo de la idea que merezca el *nombre de ciencia*, se deduce que: *una colección de conocimientos no constituyen ninguna ciencia*. Sólo, en tanto que a través de la razón, la sucesión fundamentada en los fenómenos que tienen por contenido y revelan lo que la razón es, se manifiesta esta historia misma como algo racional, manifiesta que es un acontecimiento racional. ¿Cómo no iba a ser racional todo lo que ha sucedido por los esfuerzos de la razón? Tiene que existir ya una fe racional en que la casualidad no domina las cosas humanas; y es cosa de la historia de la filosofía, precisa-

mente, conocer que, de tal manera su aparición es historia, que solamente es determinada a través de la idea.

Consideremos ahora los conceptos generales adelantados en la aplicación inmediata a la historia de la filosofía, en una aplicación que nos pondrá de manifiesto los más importantes (significativos) puntos de vista de esta historia.

La interrogación más inmediata que puede hacerse sobre ella concierne a la diferencia de la aparición de la idea misma, que ahora mismo ha sido hecha; se refiere a la interrogación, cómo sucede, que la filosofía aparece como un desarrollo *en el tiempo* y tiene una historia. La contestación a esta pregunta se encaja en la metafísica del *tiempo*; y sería una desviación del fin que es aquí nuestro objeto, si fueran indicados algunos más que los momentos de que solamente dependen en la contestación de las preguntas planteadas.

Arriba ha sido mencionado ya sobre la esencia del espíritu que su ser es su acción. La Naturaleza es como ella es; y sus cambios son, por el contrario, solamente *repeticiones*, su movimiento solamente un curso circular. Inmediatamente su acción es *conocerla*. Yo soy; pero, inmediatamente, existo en tanto que organismo viviente solamente; como espíritu, existo sólo en tanto que me conozco; *Gnothi seautón, conócete a ti mismo*, la inscripción sobre el templo del dios sapiente de Delfos, es el mandamiento absoluto, que expresa la naturaleza del espíritu. Pero la conciencia contiene esencialmente esto, que yo *soy por mí, que soy objeto* para mí. Con este juicio absoluto, con la distinción de mi yo de mí mismo, el espíritu se convierte en existencia actual, se pone como *exterior*, a sí mismo; el espíritu se pone en la *exterioridad*, que es precisamente el modo universal diferenciador de la existencia de la Naturaleza. Pero uno de los modos de la exterioridad es el *tiempo*, cuya forma tiene que mantener su investigación inmediata tanto en la filosofía de la Naturaleza como en la del espíritu finito.

Esta *existencia actual* (Dasein) y con ella el ser-en-el-tiempo es un momento no sólo de la conciencia individual en general, que, como tal, es esencialmente finita, sino también el desarrollo de la idea filosófica en el elemento del pensar.

Porque la idea, pensada en su quietud, es completamente atemporal; ella es pensar en su quietud: persevera en la forma de la inmediabilidad, es sinónima con la intuición *interna* de la misma. Pero la idea, en cuanto concreta, en cuanto unidad de lo diferente, no es esencialmente intuición, como ya se ha dicho antes, sino que, en cuanto diferenciación en sí y, además, en cuanto desarrollo, penetra en ella misma a la existencia y a la exterioridad en el elemento del pensar; y, de esta manera, aparece en el pensar la filosofía pura como una existencia progresiva en el tiempo. Pero este elemento del pensar mismo es abstracto, es la actividad de una conciencia individual. Pero el espíritu no existe sólo en cuanto conciencia individual, finita, sino también en cuanto espíritu concreto, universal en sí. Pero esta universalidad concreta toca todos los lados y modos desarrollados, en los cuales el espíritu es y se hace objeto conforme de la idea. Su concebirse pensante es, al mismo tiempo, la progresión realizada de la realidad total desarrollada, una progresión que no recorre rápidamente el pensar de un individuo y se presenta en una conciencia individual, sino que es el espíritu universal que se presenta en la riqueza de sus formas en la historia universal. Por eso, en este desarrollo sucede que una forma, una etapa de la idea, se hace consciente en un pueblo, de manera que *este* pueblo y *esta* época solamente exprese *esta* forma, dentro de su estado; una etapa más elevada se abre en recompensa siglos después en otro pueblo.